



De: profelingua2

Para: letraherido

¡Qué ataque de risa me entró al leer tu correo!  
¡Mira que peleé contigo el año pasado para que estuvieras atento en clase, y ahora me vienes con que quieres que te explique el *Canto a mí mismo* de Whitman! Estás loco, ¡como un cencerro!... Pero, en fin, esto demuestra que no lo hice tan mal el año que estuve en tu instituto. Y eso que fue un año bien difícil por lo que te pasó... En fin, espero que hayas aprendido de la experiencia, que no hagas más tonterías y que este año estés más centrado. Llevas el sambenito que te han puesto encima y tienes, en ese sentido, todo en contra. Digamos que tienes mucho que demostrarle a tus profesores y compañeros.

Volviendo a lo nuestro: me alegro mucho de lo que me cuentas, Mario, que quieres leer el *Canto a mí mismo*. Es un libro difícil, y me parece genial que lo leas, por supuesto. Y no le hagas caso a tu profe con eso de que no tienes edad para leerlo. Qué disparate. Yo leí cosas muy joven que

seguro que harían que él dijera exactamente lo mismo que te ha dicho a ti. Pero es un libro difícil el de Whitman. De hecho, muy difícil (y no me resisto a comentarlo: si ya me parece triste que el profe te diga que no es una lectura para tu edad, ya me corto y no te escribo lo que me apetece decir sobre eso que te dijo de que para qué lo lees si total «no entra en el programa». Lo que a mí me parece es que no tiene ni idea de Whitman y por eso te dijo esa chorrada. Pero en fin, esto yo nunca lo he dicho, ¿vale? :).

Como siempre te digo, lee todo lo que te manden leer, por supuesto, pero, sobre todo, lo que no te manden leer, o sea, todo eso que está «fuera del programa de la asignatura» y que a tu profe no le interesa.

Y como también te digo siempre: borra este correo, por favor. Ya sé que no lo vas a divulgar por ahí, que eres un tío legal, pero, por si acaso... ¿sí?

Ah, una cosa más: dile a Iris que me alegro mucho de que despertara del coma. Sé que tú también. ;)

Hay días en los que me cuesta un mundo levantarme por las mañanas. Aunque *levantarme* no es exactamente la palabra. Así que probemos de nuevo: no es levantarme por la mañana lo que me cuesta un mundo. En realidad lo que puede más que yo y hace que necesite media hora para salir de la cama es algo tan sencillo como abrir los ojos. Dejar que entre la luz en mi cerebro. Asumir que se acabó la noche y que me está esperando un nuevo día.

Hay mañanas, sí, en las que me pesa tanto todo lo que sé que me viene por delante que hago como que no escucho a mi padre cuando viene a despertarme igual que lo hacía Antes de que Pasara lo que Pasó, «ese asunto» del que en mi casa no se puede hablar, aunque yo hable igual sobre el tema prohibido, y todos los días, aunque mi padre se ponga malo cuando lo hago porque, según él, a todos nos iría mejor si no habláramos de Esa Cosa. Me refiero al accidente, a la fatalidad, a la mala suerte.

La historia es muy tónica y muy típica: tipo borracho conduciendo rápido por una calle por la que en ese instante en concreto cruzaba yo por el paso de peatones tan tranquila y tan ajena a todo. El fulano me lleva por delante. Salgo volando ligera como una mariposa a la que acabase de aplastar un limpiaparabrisas, tal que así, sin ser dueña de mí, volando por los aires, consciente de que voy a morir y de que estoy asistiendo a mis últimos instantes de vida, volando libre, casi feliz, un par de metros, liviana, hasta que doy con el cabezón contra el guardabarros de un coche que está perfectamente mal aparcado sobre la acera y que, como siempre dice mi padre, no debía haber estado allí, no debía haber estado allí, no debía haber estado allí (por lo general, lo repite tres veces, que no debía haber estado allí). Pero estaba.

El impacto me provocó un TCE, o sea, para que lo entendáis, un traumatismo craneoencefálico, para decirlo en finolis, pero que resulta ser una lesión cerebral en toda regla que explica lo que me pasa.

Mi padre, cuando sale el tema (más a menudo de lo que le gustaría), habla del Cúmulo de Mala Suerte. Algo que él cuenta más o menos en el mismo orden, y sobre todo cuando nos encontramos por la calle con alguien y él suelta la

historia, aunque a lo mejor nadie espera que la cuente, pero él debe de pensar, y no lo culpo, que la gente espera una explicación que ponga orden, o sea, que explique lo que tienen delante de los ojos, a saber: un hombre de 52 años agarrando a una chavala de 18 por la cintura, como si fuera su novia, pero, en realidad, está claro que es para que no me caiga, porque eso de caminar aún no lo tengo muy dominado, lo de caminar recta, en línea recta, quiero decir. Es lo que tiene el daño cerebral adquirido (para los que no sepan lo que es, pues nada, solo hay que saber leer: un *daño* en el *cerebro* que no tenías pero que ahora *adquieres*, en mi caso, por el hostión contra aquel guarda-barros, porque el borracho del coche loco me golpeó en la cadera –concretamente, en la parte derecha del culo, y eso no es un gran desastre, el culo se recupera en nada– y en la cabeza, y este fue el golpe que me tuvo en coma siete meses, un montón de días de los que no hay recuerdos –y esta lesión es para siempre jamás–), pues, decía, mi padre explica el Infortunio o, mejor dicho, el Cúmulo de Infortunios casi siempre de la siguiente manera y más o menos siempre con las mismas palabras:

1. Qué mala suerte que mi hija ese día, en vez de volver en el autobús del cole decidiera

regresar a pie, paseando. Si llega a coger el autobús no le pasa nada.

2. Qué mala suerte que se cruzara con ese coche, que no pasaran el coche o la niña –o sea, yo– un poco antes o un poco después. El destino trágico, a veces, se manifiesta en un par de segundos (esta frase es literal, os lo juro).
3. Qué mala suerte que además estuviese allí mal aparcado un coche sobre la acera. Un tipo que bajó rápido a dejar una cosa en un comercio o algo así y que, claro, no contaba con que se montara la que se montó por dejar él su coche donde lo dejó, si, total, era un momentito. Un pequeño fragmento, un instante, un trocito de tiempo, que cambió, para peor, mi vida para siempre.
4. Qué mala suerte que la ambulancia tardase tanto en llegar. Había obras al inicio de la calle y tuvieron que venir corriendo desde casi medio kilómetro porque la ambulancia no conseguía pasar, y cuando llegaron ya estaba casi todo perdido. Y menos mal que reanimaron a la niña después de veinte minutos de masaje cardíaco, que le llevó, de paso, dos costillas por delante, que, si no, se me habría muerto (esto también lo dice

así, se *me* habría muerto, como si yo fuera algo que se *le* habría muerto a él. En fin).

Papá ofrece, más o menos (hay días peores) ese Cúmulo de la Mala Suerte, y quien nos escucha pone cara de *pues sí, qué mala suerte tuvo esta niña, qué fatalidad del destino*, y entonces yo sonrío, o hago algo parecido, los músculos de la cara no siempre obedecen como a mí me gustaría, y luego imagino que se ponen todos muy tristes. Imagino, no sé.

Yo no me pongo triste. Y eso es algo que ni papá ni mamá consiguen entender. De hecho, creo que me dolió más lo de Chechu. Pero de este (Chechu es mi novio, bueno, mi exnovio) ya hablaré cuando toque.

El otro día escuché a mi madre decirle a papá, así como en bajito para que yo no escuchara, pero sí que escuché: «Esto de la adolescencia es un misterio. Iris (aún no había dicho mi nombre, me llamo Iris, enseguida veréis la coña que tiene que me llame así) está aceptando con naturalidad su nueva situación». Ay, mamá, que tonta eres. Sé lo mucho que me queréis los dos, pero no tenéis ni idea. Qué coño voy a aceptar mi nueva situación. ¿Con naturalidad? ¡Venga ya!

No tienen ni idea. Ellos piensan que como salgo de noche con la peña de clase, pues que soy una



adolescente feliz que se ha adaptado enseguida, como dice mamá, *a la nueva situación* y tralaralará. Pero no. A esto no voy a acostumbrarme mientras viva. Os lo juro. En la vida. Otra cosa es que les haga pensar eso mi risa, o lo que sea. Mi actitud, supongo. Porque tengo, se podría decir, una *buenaa actitud*, incluso cuando no me queda ni un gramo de fuerza para abrir los ojos por la mañana, como hoy, termino haciéndolo con buena cara, y marcho para la cocina previo paso por la ducha y me tomo el suplemento de calcio que me obligan a tragar (y que sabe a rayos) para poner fuertes los huesos, que parece ser que tanto tiempo en coma los hizo papilla, y me preparo y me pongo guapa para ir al centro y al instituto (no me queda otra que compaginar las clases con el centro; el año pasado me examinaron metida en la cama, pero este año ya me tocó volver al insti), en fin, que parece que me comporto Como Una Chavala Más que hace primero de bachillerato a pesar de que ocupo muchas de mis horas en aprender de nuevo a caminar, a comer, a hablar, a sentarme, a ponerme de pie, a ir al baño; una chavala que se esfuerza todos los días y obedece al médico rehabilitador, a la psicóloga, a la neuróloga, al logopeda, a, a, a, a todos los que me dicen lo que tengo que hacer para volver a ser, aunque sé que nunca volveré a ser del

todo aquella que era antes del segundo inmediato a aquel en el que el conductor borracho decidió golpearse contra mí a ver qué pasaba. Intento ser (y comparada con otra gente que no se recupera nunca, que yo me recuperase tanto, ¡y tan rápido!, es casi un milagro) intento ser, decía, una tía positiva, aunque tenga, lo sé, soy muy consciente, la vida rota, porque es eso y así debéis entenderlo: tengo la vida rota.

Mi idea de vida ideal no es la que llevo. Yo quería vivir normal y no luchando tanto como me toca hacer todos los días. Yo tenía un proyecto de vida diferente, podéis creerme. Yo lo que quería era tirar para delante y no tener el mundo encima, como siento que lo tengo cada día en cuanto me levanto. La terapeuta llama a esto «impacto psicológico». Y siempre me insiste en que tengo mucha suerte porque me recuperaré mucho y muy rápido, que podría no haberme recuperado, como le pasa a tantos. Pero a mí eso no me sirve de nada. No me consuela. Yo no tenía pensado empezar de cero, aprender a hacer tantas cosas de nuevo. Yo no tenía esa idea. Pero me tocó. Y pongo buena cara. Pero estoy rabiosa.

Así que, por favor, que nadie se confunda: me cago en todos los que van diciendo por ahí que la discapacidad o la disfunción o el carácter especial

o como coño le quieran llamar a lo que nos pasa a millones de personas en el mundo, por nacimiento o por mala suerte, es una bendición, un estímulo o una oportunidad. Porque este tipo de chorradas las leo continuamente en las redes sociales.

Esto, que os quede muy clarito, es una putada.

Que me pasara lo que me pasó no fue por mala suerte o porque el destino estuviera cachondón ese día. Fue una putada. Y no hay nada más que decir.

Hola María

Hola

¡Ya me enteré de lo de la niña! ¡Qué bien! 🙌



Sí  
Estamos alucinados.  
Podía pasar o no.  
Y pasó

¡Gracias!  
¿Qué tal Chechu?  
¿Cómo reaccionó tu hijo?

Bien, ya sabes, confundido. Es un crío.

Ya no contaba con ella, claro.

Claro.

Te dejo, que llego tarde a la oficina.

Besos a Iris.

